

CARLOS PARIS:

Tomar en serio la Universidad

JOAQUIN RABAGO

Candidato independiente, séptimo de la lista del PCE por Madrid en las pasadas elecciones, militante hoy de dicho partido, el catedrático Carlos París acaba de ser elegido, en votación democrática y por un 81 por 100 del total de votos emitidos (174), decano de la Facultad de Filosofía de la Autónoma de Madrid. Filósofo de vocación y profesión —fruto de su labor son varios libros, entre los que cabe destacar Unamuno: estructura de su mundo intelectual y Mundo técnico y existencia auténtica—, el profesor París se ha interesado desde siempre por los problemas de nuestra Universidad. A su tratamiento ha dedicado múltiples artículos en revistas teóricas o de información general, entre ellas TRIUNFO, donde ha colaborado durante varios años.

LA Universidad no sale de su situación de parálisis. Se culpa a la masificación de todos los males. Es evidente en cualquier caso la degradación de los títulos en el mercado de trabajo. Como lo es también la nueva función de la Universidad, que absorbe provisionalmente una fuerza de trabajo joven que no puede entrar en el ciclo productivo. ¿Cuál es el análisis del profesor Carlos París?

C. P.: Nuestra Universidad no está masificada al nivel de la italiana o la francesa, pero produce ese efecto por su falta completa de programación y la penuria de profesores. Lo cierto es que el número de estudiantes no es excesivo en relación con la población, y el de graduados es alarmantemente bajo. Existe un alto índice de mortandad en el estudiantado, que se debe a todo tipo de factores: desde la falta de vocación o la desorientación inicial hasta la irracionalidad de nuestro sistema de calificación, que depende tantas veces de criterios personales. Puede haber algún sector donde sí se plantee ese problema del número excesivo de alumnos con respecto a las necesidades reales, pero eso ocurre, sobre todo, por falta de información. A nivel global, sin embargo, sería hoy prematura cualquier política selectivista.

En cuanto a los títulos, es cierto que en la medida que son más numerosos, sufren una cierta desvalorización, que está también en función de los puestos de trabajo disponibles. Como en nuestra sociedad hay poquísima investigación, la depreciación resultante es aún mayor. Ahora bien, todo esto tiene también aspectos positivos, aunque parezca paradójico. Antes, el título universitario tenía cierto valor carismático; era un medio para conseguir un "status" de clase, de forma arbitraria e irracional a veces, pues esa titulación no se correspondía muchas veces con una formación superior. Hoy tenemos que hacer planteamientos más realistas. La función de la Universidad no se agota en dar

un título; ha de proporcionar una auténtica formación cultural.

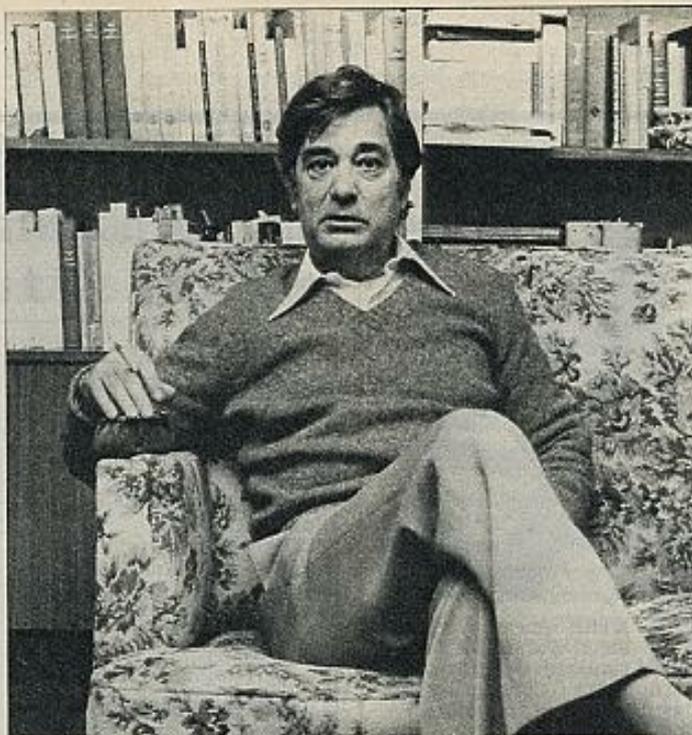
—Sin embargo, la Universidad cumple mejor su función de expedir títulos que la de formar a quienes la frecuentan...

C. P.: Nuestra Universidad no está organizada para crear investigadores. Decía Giner que la Universidad alemana era científica; la anglosajona, formativa del carácter y la personalidad, mientras que la latina, como la nuestra, formaba profesionales. Lo cierto, sin embargo, es que tampoco cumple esto adecuadamente. La nuestra es una Universidad que proporciona una formación muy teórica, conectada de lejos con la profesionalidad. Una Universidad que no es científica, ni profesional, y cuyas limitaciones culturales son más que evidentes.

"Nuestras Facultades son especialmente herméticas y no se puede hacer en ellas un "currículum" personal flexible, según la vocación y los deseos de cada cual. La formación cultural queda relegada, básicamente, a la Enseñanza Media, y esto es algo que debe corregirse.

"Creo, además, que hay que replantearse el "encuentro pedagógico": esto es, la relación directa profesor-alumno y entre los propios alumnos. Mantenemos un encuentro pedagógico típicamente medieval. El profesor se limita a transmitir a la clase información que está en los libros, y a la que el alumno tiene fácilmente acceso por otras vías. Es absurdo que se pierda tiempo en tratar de llenar esa función de transmisión oral de información normalmente asequible. Hay que buscar nuevas formas de encuentro pedagógico que permitan a los alumnos discutir con el profesor y sus compañeros problemas que van más allá de la simple adquisición de conocimientos.

—Continuamente —y curso tras curso— se plantea la cuestión de las oposiciones a cátedra y del "status" de funcionario de los catedráticos. Durante semanas, y a veces meses enteros, se paraliza la actividad académica por culpa



"La creación de Universidades privadas sería desastrosa para el conjunto de nuestra enseñanza superior".

de este problema, que ningún Ministerio trata de resolver...

C. P.: Hubo un primer paso hacia una posible solución cuando se crearon las Autónomas. Después, sin embargo, se produjo un grave retroceso, que no ha hecho sino agudizar las tensiones. Tensiones cada vez más fuertes entre la racionalidad que se impone en la vida universitaria y el empecinamiento del Ministerio en mantener las viejas estructuras y un cuerpo central de funcionarios, que son un importante grupo de presión, reacto a perder sus privilegios. Es preciso, en cualquier caso, armonizar los distintos intereses y descargar de conflictividad el planteamiento del problema. Hoy parece que se apuntan dos posibles soluciones: la primera, más conservadora, no renuncia al carácter de funcionario del profesor numerario, pero le hace depender de un organismo autónomo —una Universidad— en lugar de un cuerpo central, como hasta ahora. La segunda salida, más democrática, consiste en una vinculación laboral, no funcional, del profesor a la Universidad donde preste sus servicios.

—¿Qué alternativas hay a los actuales sistemas de selección del profesorado?

C. P.: En las oposiciones tradicionales a las plazas del cuerpo de funcionarios se valora más la eficacia durante unos días, en los que hay que realizar unos ejercicios ciertamente traumáticos, pero muy breves, que toda una labor investigadora o docente.

"Pienso, por el contrario, que la selección deberían realizarla democráticamente las comisiones creadas en los departamentos, y que deberían valorarse fundamentalmente ciertos datos, como la tesina de licenciatura, como primer trabajo de investigación del aspirante, y su expediente académico, aunque este último dato pueda ser discutible. Las distintas comisiones podrían establecer varios tipos

de pruebas flexibles: entrevistas, ejercicios pedagógicos, etcétera. Luego se iniciaría el período de adiestramiento, que coincidiría con la elaboración de la tesis doctoral, después de lo cual podría decidirse la permanencia o no del profesor. Naturalmente, habría que tener muy en cuenta también las valoraciones de los propios alumnos.

—Superado el elemento aglutinador del antifranquismo y canalizada la política por cauces más serenos, como es la vía parlamentaria, la Universidad parece haber entrado en una grave fase de atonía.

C. P.: La represión real de la dictadura determinaba acciones concretas de lucha contra situaciones injustas, como el cierre de una Universidad o la expulsión de un profesor. Hoy, las reivindicaciones no son tan tangibles, sino que nos encontramos con tareas más aburridas. Además, hoy no se toman en serio la Universidad ni los profesores ni los alumnos. El estudiante la ve como el lugar donde va a adquirir un título, que, de todas formas, tal y como está el mercado, no le va a servir de mucho.

"Todo esto coincide también con la evolución del "progre" al "pasota", que no deja de ser un hecho preocupante. Vivimos en una sociedad que bombardea in-cultura continuamente. A lo que se añade, por parte de muchos jóvenes, una comprensión fácil e incorrecta de lo que es la auténtica liberación. Tras la represión de años anteriores, se confunde hoy la liberación con la realización de la espontaneidad más fácil. Hay una gran inhibición ante el trabajo difícil y la disciplina personal. A pesar de todo, soy optimista. Últimamente observo que el proceso de democratización suscita mayor interés entre los estudiantes. La única manera de estimularlos es lograr, poco a poco, nuevas conquistas que se traduzcan en mejoras reales en el funcionamiento de

la Universidad. Sólo así se romperá esta situación de indiferencia. A lo que hay que añadir, por supuesto, la urgencia del problema económico.

—La Universidad no puede seguir viviendo de espaldas a la sociedad, usted mismo lo ha escrito en varias ocasiones. ¿Cómo lograr una interrelación más estrecha entre ambas realidades?

C. P.: La democratización de la Universidad no consiste sólo en dejarla que se autogubierne de forma representativa, sino que supone la presencia en el Gobierno de la misma de las distintas fuerzas sociales, que contribuirán a trazar los objetivos, administrar los recursos y fijar democráticamente las líneas de investigación.

—¿No hay un peligro creciente de formación, en esa Universidad, de élites tecnocráticas aferradas a la división capitalista del trabajo y sus privilegios?

C. P.: La idea de la tecnocracia está vinculada estrechamente a la de la información como poder. Hace falta una revolución cultural que posibilite la apropiación por una mayoría de conocimientos que hoy son privilegio de unos pocos. Hay que eliminar las barreras que sustraen la inteligibilidad de las grandes decisiones, que nos afectan a todos. Es absurdo, por ejemplo, que disciplinas como la economía o la sociología no sean estudiadas más que en las Facultades específicas, cuando deben interesar a cualquier ciudadano.

—Se habla últimamente mucho de un supuesto proyecto ucedista de creación de una serie de Universidades privadas en nuestro país. En esas circunstancias está claro que la masificación y el deterioro de las Universidades estatales no plantearían para el poder ningún problema. Tampoco haría falta selectividad en estas últimas...

C. P.: La puesta en marcha de esa iniciativa sería desastrosa para el desarrollo de nuestra Universidad, en la medida en que canalizaría las posibilidades y recursos de nuestra sociedad hacia la formación de élites, que serían las que saldrían de esos centros privados. Ello se produciría, además, en un momento en que la sociedad pide un acceso a la cultura más justo en un país en que ésta siempre ha sido clasista.

—A nuestra clase dirigente nunca le ha preocupado demasiado nuestra Universidad, ya que las élites mandaban a sus hijos al extranjero a estudiar. Pero ese proyecto equivaldría a crear aquí mismo dos tipos de Universidades: una fuertemente elitista y otra sumida en el mayor de los abandonos.

—Claro que todo ello tendría cierta coherencia con la evolución del propio capitalismo español, que, tras su secular actitud hermética ante las necesidades del desarrollo científico, comienza ya a comprender esas exigencias. Aunque, si lo que se rumorea se pone finalmente en marcha, tal comprensión irá lastrada de un fuerte hermetismo social. El patrimonio científico-técnico quedaría así bajo el control de una minoría. ■

AUTONOMA DE MADRID: UN CLAUSTRO HISTORICO

QUE un catedrático de Derecho se cabree ante la convocatoria de un claustro de más de mil trescientas personas para tratar de la reforma universitaria y publique en "ABC" un artículo cargado de demagogia y acusaciones gratuitas, no tiene en sí demasiada importancia. Pero si este cabreo particular es compartido por una llamada Asociación Independiente de Profesores Universitarios (AIPU), de la que el citado profesor, De la Oliva Santos, es, además, secretario general, y miembros o simpatizantes de esa asociación envían un escrito al Ministerio, apoyado por más de seiscientos numerarios—en su mayoría, catedráticos—, donde denuncian el método de consulta ministerial a la Universidades, al tiempo que niegan la representatividad y legalidad de los órganos moderadamente democráticos que comienzan a funcionar en algunos centros superiores, entonces la cosa se vuelve más grave por su trascendencia política.

Pues bien, eso es, ni más ni menos, lo que ocurrió la semana pasada en Madrid, dos días antes de que se celebrara el histórico claustro de la Autónoma. Histórico tanto por el número total de "claustrales" como por su composición: todos los numerarios y doctores (650), un tercio elegido de los no doctores (350), un alumno por cada 50 (500), un tercio del personal no docente (150), etcétera. Claustro oficialmente presidido por el nuevo rector, Pedro Martínez Montávez; los tres vicerrectores, el secretario general, Rodrigo Bercovitz; los decanos de cinco Facultades—cruce de los cua-

les, entre ellos el propio Carlos París, han sido elegidos democráticamente en sus respectivos centros—, los directores de las tres Escuelas Universitarias y el gerente.

Esta es la "masa" que inspiraba un terror visceral al profesor De la Oliva, hasta el punto de hacerle tergiversarlo todo. En efecto, según el articulista, que se remitía a una noticia de prensa (no hay prensa, sino órganos concretos de prensa), el claustro "sería votante, pero no deliberante", porque la "masa no dialoga, ni concede margen de actuación a las personas". Por si fuera poco, viola las normas legales, y la Administración, que "en privado reconocía que era un disparate aplicar los principios democráticos al ámbito universitario", no podía quedarse de brazos cruzados, sino que debía frenar a los manipuladores con la mayoría parlamentaria (UCD-AP, por supuesto). El escrito casi simultáneo de la AIPU, por igual acusador, era, sin embargo, más profesional y tecnocrático en su filosofía: por un lado, negaba representatividad a muchos de los órganos de gestión universitaria, cuyo criterio mayoritario solicitaba el Ministerio porque estaban "constituidos contra toda razón (?) y derecho"; por otro lado, y en contestación a la encuesta, señalaba una serie de puntos "no negociables": la Universidad tiene que ser autónoma frente a las instancias de poder de los territorios autónomos; la selección del profesorado dependerá de pruebas públicas de ámbito nacional, juzgadas por "especialistas", según criterios "estricta-

mente académicos"; el gobierno de las Universidades debe confiarse a órganos funcionales integrados por personas de reconocida capacidad y experiencia, etcétera.

Pero el claustro se reunió...

Lo hizo durante dos días, 14 y 15, y en sesiones de mañana y tarde, en el Palacio de Exposiciones y Congresos. Y nada ocurrió de lo predicho por los interesados catastrofistas. Los mil y pico claustrales presentes—hubo un cierto absentismo de profesores numerarios—debatieron las diecisiete ponencias presentadas por las comisiones y asambleas de las distintas Facultades, así como por grupos particulares, en rigurosos turnos de exposición, réplicas y contraréplicas. En los breves descansos, los grupos se reunían en los pasillos y trataban de unificar criterios. Básicamente, sin embargo, casi todas las ponencias discutidas iban en un mismo sentido: necesidad de una presencia de las fuerzas sociales en el gobierno de la Universidad, que pertenece a la comunidad en su conjunto; cogestión paritaria por los distintos estamentos; creación de un cuerpo único de enseñantes, cuyo contrato debería ser laboral; fiscalización periódica y totalmente democrática de la actividad docente; aumento y control público del presupuesto para la educación superior...

Estos son los vientos que comienzan a soplar tímidamente en la Universidad española, y que tanto asustan a la AIPU.

Estos son los vientos que comienzan a soplar tímidamente en la Universidad española, venciendo la atonía de la que se habla en la entrevista con C. París.

Queda por ver, sin embargo, qué hará, a la postre, el Ministerio con los resultados de su consulta. ¿Tratará de ganar "democráticamente" en las Cortes, con ayuda de AP, lo que está seguramente perdido en la Universidad? Ello provocaría, sin duda, nuevos conflictos. Pero, ¿y si el Gobierno se sacase entonces de la manga sus Universidades privadas? ¿Qué le importaría al deterioro de las demás? ■ J. R.



Mesa presidencial del claustro de la Autónoma.